

otro extremo de la casa. A cosa de media noche, después de largo insomnio, empecé á dormitar cuando un ligero ruido me despertó, y vi á la temblorosa luz de la lamparilla un hombre de pie á la cabecera de mi lecho. Lancé un grito de terror, pero al mismo tiempo aquella visión murmuró á mi oído:

—Soy yo, no tengáis miedo.

Extendí el brazo hacia el cordón de la campanilla y Montevrón me detuvo con tanta fuerza, que me arrancó un grito de dolor, y sin darme tiempo á reponerme, me dijo: «Sereis mia; después me saltaré la tapa de los sesos. Os amo como un loco.» No sé lo que dijo después... Yo estaba loca... Temía un escándalo...

.....
.....

Quando más tarde me ví sola, no me expliqué mi estúpida y vergonzosa debilidad; así es que si antes no amaba al conde, desde entonces le cobré aborrecimiento. Quando al día siguiente se me presentó con la excusa en los labios, le signifiqué que todo había concluido entre nosotros, y que solo tenía títulos á mi aborrecimiento.

Aquel mismo día abandonó el Berry, pero no dejó de aburrirme con sus reiteradas súplicas. Todo fué inútil. No creía que me amase con la sinceridad que demostró después.

La señora de Maillepré lanzó un prolongado suspiro.

—He sido cruel con él,—prosiguió — co-

mo lo había sido con el duque. ¡Qué cosa tan extraña es el corazón humano! Maltratar á los que nos aman, ser rechazados ó vendidos por los que amamos! Tal es la ley de la vida.

Pasaron tres meses y hacía más de seis de la desaparición del duque y ya nadie ignoraba su ausencia. Los rumores de que me habló Montevrón se habían confirmado, y nuevos testimonios corroboraban que Juan había pasado por la India; un secretario de embajada escribió diciendo que había pasado un mes con el duque en el Japón. Todos mis amigos sabían que yo estaba sola en Maillepré y que mi marido viajaba.

—Ya habréis comprendido que la noche funesta de que os he hablado debía perderme: bien pronto no pude ya dudar de mi estado. Por entonces, el duque murió en Yeddo á consecuencia de una fiebre infecciosa. Esto me favoreció para aislarme, pretextando un dolor inconsolable, demasiado real ¡ay! y desaparecí á mi vez sin decir á nadie el punto de mi residencia. ¿No os acordais?

—Muy bien. Yo mismo me puse furioso contra vos. ¿En dónde estabais?

—En Suiza, y allí, sin que sepa cómo, me encontré al conde. Una mañana entró en mi habitación. Yo no estaba sola: cerca de mi lecho dormía una niña en su cuna. Pero ni la nodriza, que acababa de salir, ni Susana, mi doncella y mi única confidente, que había ido al pueblo por provisiones, estaban allí. Muy débil aun, yo casi no podía moverme. Me acordaré siempre de aquella escena.

Montevron me contempló largo rato, diciéndome después con acento de profunda tristeza:

—Por fin os hallo. ¿Es del mundo ó es de mí de quien huís, Blanca?

—De los dos.

—¿Me odiais?

—Profundamente.

—¿No me perdonaréis?

Yo cerré los ojos. Pensé en mi marido, muerto lejos de mí, y contesté con energía:

—Jamás.

La fisonomía del conde se contrajo, revelando el más agudo dolor. Volvió la cabeza, se inclinó sobre la cuna de mi hija y la contempló algunos instantes, quizás para ocultar su turbación. Y dirigiéndose luego á mí dijo, señalando á la cuna:

—Sin embargo, existe ese lazo que debería unirnos. Esta niña es tan mia como vuestra.

—Os engañais—reliqué con calma feroz, —esta niña no nos pertenece á ninguno de los dos: pertenece á Susana Carol, mi doncella, que por su adhesión á mí, acepta esta vergüenza. ¿Podía yo deshonrarme confesando una falta que no tiene ni siquiera la excusa del amor?

Eso es cruel.

La mujer herida en su corazón es implacable.

El conde retrocedió y se limpió el copioso sudor que le inundaba la frente.

—Entonces—dijo,—¿cómo se llama mi hija?

—Blanca Carol. Le he dado mi nombre de bautismo, porque seré su madrina: es todo cuanto haré por ella.

—¿Y por mí? —preguntó con voz suplicante.

—Por vos, nada.

—Sois implacable.

—¿Podíais esperar otra cosa?

—Que me permitiríais reparar el pasado...

—¿Casándonos?...

Sin duda leyó en mi rostro una resolución inquebrantable, porque balbució estas palabras con voz casi ininteligible:

—Pensaba que os aplacaríais y consentiríais en llevar mi nombre y en dárselo á nuestra hija.

—Y más tarde—repuse indignada,—no tendrá para mí más que desprecio. Sabrá que es hija de un adulterio, que su madre, la duquesa de Maillepré, no ha sabido, ni guardar la fé jurada, ni evitar una caída deshonrosa... No me conoceis. Prefiero envenenarme. Ignorais lo que he sufrido, y os equivocais por completo si creéis que pondré libremente mi mano en la del que me ha producido tantas torturas. Si yo aceptase... si os escuchase... ¿qué confianza tendríais vos mismo en mí?... No trateis de convencerme, porque estoy decidida. He faltado una vez, será la única, ó si caigo, nadie tendrá el derecho de reprochármelo. Soy libre... y conservaré mi libertad.

Se arrojó á mis pies, me suplicó en términos que me hubieran conmovido si hubiese

estado menos irritada por meses enteros de angustia, y comprendiendo que no conseguiría nada, y comprendiendo que no conseguiría nada, se levantó presa de agitación febril.

—Si sois inflexible—dijo señalando á la cuna,—¿en qué parará élla?

—En lo que es, la hija de una criada... más dichosa que otras, puesto que velará sobre ella una secreta protección.

—¿No le daréis vuestro nombre?

—¿Podría hacerlo sin publicar mi debilidad?

—¿Y si yo le doy el mío?

—Eso sería deshonorarme por segunda vez. Parecía abatido, y traté de reanimarle.

—Sois joven—le dije con dulzura;—tenéis mil medios de olvidar, si verdaderamente me amáis tanto. Hay muchas mujeres puras que tendrán á dicha aceptar lo que yo rehusó. ¡Adiós!

—¡Adiós, pues!—dijo con voz sorda.

Se inclinó sobre la niña, que seguía durmiendo, preguntándome:

—¿Queréis permitirme que la abrace?

Sin esperar mi respuesta, rozó con sus labios la frente de la niña, tan suavemente, que no la despertó. Después cogió mi mano y la estrechó largo rato entre las suyas, acabando por llevarla á sus labios, interrogándome por última vez con la mirada.

Volví la cabeza y no respondí; pero escuché algunas frases confusas, entre las que distinguí una palabra siniestra: la de *muer-te*. En seguida desapareció sin volver la cabeza.

Esta fué nuestra última entrevista.

En el mes de agosto, cuando acababa yo de volver á París, los periódicos publicaron el relato que no habréis olvidado.

Montevrón era un intrépido pescador. En una excursión por mar en las costas de la Bretaña, donde tenía una hermosa posesión, su yacht fué á pique en un temporal. Sus marineros pudieron ganar la tierra y salvarse: él se ahogó.

Durante algunos días esperé una carta suya, que no llegó. El desgraciado, que en realidad se había suicidado, no me escribió por una delicadeza suprema, para evitarme el remordimiento, haciéndome creer que su fin era debido á un accidente.

Así se realizaron las confusas amenazas de su último adiós.

Al volver á Maillepré, me hallaba aflijida por un duelo profundo; viuda á los treinta años, perseguida por el recuerdo de dos hombres muertos por mí y encargada de dos niñas, hijas del adulterio: la una mia, la otra de mi marido, y si os he de ser franca, no sabía á cual de las dos odiar más; á la primera porque me recordaba la traición del único hombre á quien he amado, á la otra porque me recordaba mi debilidad. ¿Comprendéis?

M. Godet hizo un gesto que revelaba su embarazo y solo acertó á preguntar:

—¿Y después?

Su amor propio de hombre avisado y perspicaz recibió un rudo golpe, sintiéndose humillado por no haber adivinado nada de co-

sas tan graves como las ocurridas, por decirlo así ante sus ojos.

La duquesa concluyó su relato en pocas palabras.

—Ya sabéis por qué he vivido tanto tiempo completamente alejada del mundo, sin iniciar á nadie en mis secretos. Nadie conoce la causa de mi aislamiento y mi reputación ha quedado intacta, por que el duque y Montevrou han sido igualmente discretos, pudiendo pasar veinte años respetada y aún más, amada por mi bondad, mi fidelidad á los recuerdos y mi adhesión á un esposo á quien no he dejado de llevar luto, y por mi caridad con todos los infortunios. Sin embargo, existen dos causas de perpetua tristeza para mí, de dolores cada vez más vivos.

—¿La primera?...—interrogó Mr. Godet.

—Procede de mi hija, á quien por orgullo he ocultado la verdad y apenas si he cumplido con ella los deberes que me impone la naturaleza. Durante ocho años ha vivido entre aldeanos, y después, encerrada en una pensión de París, solo ha recibido las visitas de la mujer que creía su madre, y durante las vacaciones vive como extraña en su propia casa. Os he dicho—continuó la duquesa levantándose,—que solo podía odiarla por las penas de que ha sido causa; pero una madre no puede detestar á su hija. No me descubriré, porque mi orgullo es más poderoso que mi ternura, pero solo Dios sabe lo que me cuesta.

—Esto por lo que hace á mi hija. Por lo

que á la otra se refiere sufro más aun,—dijo la duquesa con aire sombrío.—Me acosan los remordimientos. Mi marido me la recomendó al morir, tuvo confianza en mí, pues por mucho que fuese mi odio hacia una rival, no podía suponer que yo tuviese la crueldad de abandonar á su hija. Si desde el otro mundo se ve lo que aquí sucede, Juan debe maldecirme.

—¿Pues qué habéis hecho?

—He cometido un crimen.

—¿Vos? No lo creeré aunque me lo digáis cien veces.

—Haréis mal. Impulsada por mi resentimiento, hice educar á la hija del duque, á la inocente María Magdalena, como si fuese una pobre, cuando su padre había dejado millones. En su juventud ha vivido abandonada, mientras mi hija al menos sabía que tenía una madre, alguien que velaba por ella, y un refugio abierto. Cuando acabó la educación de María Magdalena, una mano desconocida le envió una miserable suma y quedó entregada á sus propias fuerzas en la edad en que sus compañeras volvían al seno de sus familias.

—¿Hicisteis eso?—murmuró M. Godet.

—Sí.

—Tenéis razón; eso es un crimen.

—¿Acaso lo ignoro?—exclamó la duquesa.—Mi conciencia me lo reprocha sin cesar. Pero ¿qué queréis? ¿No era casi legítima mi aversión hacia ella? Sin ella y sin su madre, nuestra existencia hubiese sido envidiable, y Juan estaría hoy á mi lado.

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE ALFONSO XIII
190.1625 MONTAÑES, MEXICO

—Ella es inocente.

La señora de Maillepré bajó la cabeza, murmurando:

—Demasiado lo sé.

—¿En dónde se halla?

—Estaba como institutriz con una familia de la aristocracia rusa. Pero después de la guerra, ha sido imposible saber su paradero.

—¿La habéis buscado?

Por todas partes. Acosada por mis remordimientos, procuré reparar el daño que le había causado. Le escribí, diciéndole que aceptaba una misión de justicia para con ella y que podía venir, ofreciéndole mi protección; dirigí la carta al conde Breskou, en cuya casa ha pasado muchos años, rogándole la hiciese llegar á ella.

—¿Y después?

—En mayo supe que había venido á Francia para alistarse en las ambulancias como enfermera. Se la ha visto en el ejército del Este; pero en Besanzon se perdieron sus huellas. Se cree que volvió á París en busca de trabajo.

—¿Sabéis si recibió vuestra carta?

—Lo ignoro.

—¿Y si viniese?

—La conservaría á mi lado. A mi edad se desvanecen todos los rencores. Me parece que mi hija no será nunca dichosa si soy implacable con la de Juan. Procuraré, si viene, endulzar su existencia, en compensación de las amarguras que ha devorado. Vos me ayudaréis...

—Con toda el alma.

—Ya lo sabéis todo. ¿Verdad que soy muy culpable?

El viejo se mordió los labios.

—Ya sabéis—dijo—cuánto os quiero; puedo, pues, hablar sinceramente. Sí, tenéis que reparar una gran injusticia, porque habéis sido muy cruel...

Y cogiendo las manos de su amiga, añadió:

—Si viene esa desgraciada niña, yo os ayudaré.

—¡Decidme que no me despreciáis!—murmuró la duquesa con voz suplicante.

—¡Despreciaros! ¿Por qué? Hasta ahora os miraba como un ser perfecto, superior, impecable. Ahora veo que sois una mujer como cualquiera otra, con los defectos y las pasiones humanas, y os prefiero así.

Y como viese aparecer una lágrima en los grandes ojos de la duquesa, la atrajo hacia sí y besándola paternalmente en la frente añadió suspirando:

—¡Ah! ¡Cómo os amaría si no fuese ridículo á mi edad!... ¡Qué bien comprendo á los que tanto os han amado!... ¡Pobre mujer!

La duquesa se alejó sin decir más, y el anciano la vió ocultarse entre las sombras del bosque, donde pensaba encontrar á su hija.

Cinco minutos después, el confidente de Blanca vió venir una mujer que no pertenecía á la servidumbre de la casa por la larga avenida que desde el camino de Bourges conducía á la verja del palacio.